

Victor Cuchí Espada

Comunmente se asevera que la llamada "Era victoriana" se caracterizaba por su extraordinaria pléyade de esposas frías y maridos brutales. Cierta historiografía—tan sólo léase la *Historia de la sexualidad femenina*, escrita por dos feministas estadounidenses e ilustrado con caricaturas— ha sostenido que la sociedad patriarcal implica eso como norma. Y, de algún modo, no les falta razón: la vida de Ruskin y su esposa Mary, como la de Ana Karenina con el marido que Tolstoi le inventó, otorga sobrados motivos para pensar que el matrimonio entre la clase media de los nacientes países industriales era esclavitud vitalicia para los cónyuges, sobre todo para la mujer, quien sufría un orden creado para oprimirla.

En su obra, publicada en dos volúmenes titulados "La educación de los sentidos" y "Tiernas pasiones" por el Fondo de Cultura Económica, Peter Gay, historiador germano-estadounidense conocido en México gracias a su importante biografía de Sigmund Freud, pone en duda la veracidad de la noción de que las sociedades decimonónicas occidentales eran peculiarmente represivas en cuanto a la sexualidad. Explica que el mismo carácter del siglo XIX, que califica de "siglo de transición", motivó una enorme sensibilidad hacia la conducta sexual y el amor. Fue una época de cambios angustiantes. Decía Thackeray que mediaba un abismo entre el mundo anterior y el posterior al ferrocarril. La Revolución Industrial transformó la estructura económica de varias naciones occidentales y conllevó la secuela de la expansión de las urbes y la subsiguiente proliferación de conflictos sociales ocasionados por el crecimiento demográfico.

A todo esto, dichas sociedades, azotadas por la transmutación del mundo en más conveniente y, a la vez, más hostil, elaboraron una ideología de la estabilidad que se manifestaba en una moral fundada en el decoro hacia el exterior del individuo al mismo tiempo que declaraba a la familia refugio para su intimidad. En la virtud se confiaba para que el daño a la cohesión social fuera mínimo. Se divulgaron, pues, las asociaciones de caridad, de templanza y de ayuda mutua, se persiguió a la prostitución y a la pornografía, se elevaron rezos con el fin de defender a la familia patriarcal y se predicó contra el peligro de reconocerle derechos civiles a las mujeres. La monogamia fue constituida en único modelo de relación sexual lícita. Desde luego, la devoción religiosa y las cruzadas en favor de la moralidad no resolvieron ni ocultaron que la realidad de la clase trabajadora era muy distinta, es decir, no mejoraba su situación por más que se comportara bien.

Como punto de partida contrastante, Gay emplea los apuntes del cándido diario de una simple americana, Mabel Loomis. En sus páginas narra su despertar sexual, cómo evolucionaron sus ideas acerca del amor, el cortejo y posterior casamiento con David Todd, sus relaciones amorosas—que relata con detalle— y su relación extramarital con un hombre mucho mayor que ella. Si bien su conducta no la presenta como la general, sí recalca que tampoco era extraña. Contra lo que se supone, la revolución sexual empezó en el siglo XIX. A pesar de los escándalos de clérigos y moralistas, la contracepción se difundió durante los años cuarenta debido al invento de Goodyear; no solamente la vulcanización del caucho, sino su resultado inmediato: condones y diafragmas.

Gay ocupa mucho espacio con el objeto de sopesar el daño que la medicina decimonónica hizo a la docta ignorancia que giraba alrededor del comportamiento sexual. Sin embargo, aunque se curó la fiebre puerperal—con la mejora de la higiene en los pabellones de parturientas— y se realizaron las primeras encuestas sobre la sexualidad, los médicos sancionaron la difusión de errores. Por ejemplo, el doctor Acton basó su celebridad en su "descubrimiento" de que las mujeres carecían de deseo erótico; otros galenos "demostraron" que el recato femenino era de origen fisiológico. Asimismo, hubo fuerte

oposición a la educación sexual, pues, era menester, decían los mojigatos profesionales, guardar a la juventud de tanta corrupción. En Alemania, esto alcanzó tal popularidad que se fundó una pedagogía basada en la negación de la sexualidad. Y es que se pensaba que la actividad sexual debilitaba a los varones y menoscababa en la mujer la pureza.

Durante todo el siglo, se odió más a los masturbadores que a los homosexuales. Se demostró que indudablemente la autopollución causa demencia, además de otras dolencias físicas y morales. Lo increíble era la formidable capacidad de los investigadores para hallar ejemplos que probaban estos asertos, y que el tema mantuviera su carácter de enigma científico hasta muy entrado nuestro siglo. En todo caso, esta detestable actividad era, se consideraba, curable. Gay describe las terapias y los artefactos utilizados, similares, por cierto, a arreos para ganado.

Ante semejante inquietud, no sorprende hasta dónde llegó la sublimación de la sexualidad. El tema literario por excelencia fue el

amor. No hubo poema que no hablara de las tribulaciones del amar, ni novela sin amantes. Alfred de Musset, George Sand, George Elliot, Eça de Queiroz, Guy de Maupassant, Juan Valera, aun Tolstói y, claro, el mayor de los analistas, Marcel Proust, se dedicaron a estudiar el fenómeno amoroso con todas sus variantes: relaciones heterosexuales, homoeróticas e incestuosas, así como el amor como sentimiento y estrategia. La pintura, por su parte, muestra las más ricas alternativas de interpretación. Gay analiza desde la obra de los pintores más conocidos, como Munch y Rosseti, hasta los menos famosos; todos ellos dejaron su rastro de salomés, vampiresas, pecadoras, diosas lúbricas y jóvenes lánguidas. Era el arte, por consiguiente, el ámbito de la imaginación, o sea, de lo permitido.

Ahora bien, ¿era el decimonónico un mundo horrendo? Para Gay, evidentemente no. La sociedad del siglo XIX fue una como cualquiera, llena de peculiaridades, aunque, aun así, nos podamos reconocer en ella. Ambos volúmenes de *La experiencia burguesa (de Victoria a Freud)* enseñan anécdotas de homosexuales sin problemas, maridos decentes y esposas felices. En la cama se gozaba como ahora: según le vaya a cada quien. Y esta imagen estudiada de la cotidianidad decimonónica es lo que, a la postre, Gay equivale a la nuestra. Curiosamente, es la imagen de un mundo no tan lejano que acaso no reconocimos antes.

Gay, Peter, *La experiencia burguesa (de Victoria a Freud)*, Fondo de Cultura Económica, (Sección de Obras de Historia), 1992, 2 volúmenes.